

1. El disidente

De regreso a su habitación Axel se puso como un frenético a recoger sus pertenencias. Había decidido de golpe, mientras subía la escalera, hacer la maleta y marcharse definitivamente a París. Los obreros habían reanudado su trabajo en el patio, de donde subía un estruendo de voces, martillazos y ronquidos de taladro que le herían los oídos, pese a estar cerrados los postigos. A ratos estallaban desde los andamios una palabrota o una broma picante, seguidas de una racha de buen humor, que aumentaban su exasperación. Flavio estaba muerto, no le cabía la menor duda, y el burdo revuelo del patio le sabía a indecencia y hasta a profanación. Abrió violentamente la ventana, ladró amenazas tan insensatas que todos se callaron de inmediato. Un prudente murmullo sucedió al alboroto anterior.

¿Para qué servían todas esas reformas en el hostel? ¿A qué venía tanto empeño en revocar la fachada, pintar de nuevo los postigos, los antepechos, los balcones, la gran puerta vidriera que daba acceso al vestíbulo? ¿Para qué remodelar el jardín, reemplazar los descuidados cenadores por una elegante pérgola a cuyo asalto no tardarían en lanzarse, con el calor creciente de la primavera, esas plantas trepadoras que la señora Lemaire escogía con tanto esmero y amor, tras largas consultas de catálogos y revistas especializadas? Axel se puso a pasear a grandes zancadas mecánicas por su habitación, como un autómatas descompuesto. Odiaba al mundo entero y sus pisadas furibundas retumbaban, haciendo temblar las tablas del piso de roble.

¿Para qué?, se repetía rabioso, si a cuatro pasos de tanto inútil lujo, en un saco de plástico manchado de sangre yacía una muchacha de cuerpo ultrajado. Para qué, si en unas islas peladas y hostiles estaba agonizando Flavio. Todo era violencia, fragor, impostura. Flavio... Acompañando en la euforia y la muerte al joven

que, en la foto que venía con la carta, le echaba con familiaridad el brazo encima del hombro. Flavio, enamorado otra vez, de otro; fiel y leal, otra vez, sacrificándose a sabiendas. Flavio dándole a él, Axel, una última lección de hombría. De absurda hombría, exclamó éste, fuera de sí. No había grandeza en la guerra, todo era suciedad.

Axel dejó de empacar sus libros. Se recostó en la cama. Habían vuelto, punzantes, los dolores de cabeza que lo aquejaban desde hacía varios meses. Mantenía sus manos posadas sobre su rostro, procurando disipar con el frío de sus palmas el ardor que lo iba invadiendo. Cerró los ojos. Flavio, Hugo, Jude... Todo se confundía en su mente: los hombres, los espacios, los tiempos, las Malvinas, Guatemala, la Martinica, América, Europa, los años ochenta que empezaba a vivir, la Segunda Guerra Mundial, la guerrilla, la lucha patriótica... No había grandeza en la guerra, todo era suciedad.

Ahora sí comprendía las reticencias del tío Jude, cuando lo acosaban con preguntas Hugo y él y los demás muchachos de la familia. Solía responder a su curiosidad insaciable con una vaga sonrisa, entre divertida y desgana, o en muy contados casos, si estaba de buen talante, con un guiño pícaro seguido de unas breves alusiones a las beldades italianas, unas mujeres de fuego, que se le habían cruzado allá en el camino. Y enseguida dejaba el tema, serio de nuevo, fingiendo someterse a la mirada reprobadora de Iris, su esposa.

—Tío, cuéntanos de tus andanzas por Europa. ¿Cómo saliste de la Martinica sin que te notaran? ¿A hurtadillas de tus padres, tío, o con su autorización? ¿A los dieciocho años, verdad? —inquiría Hugo, ebrio de epopeya.

Jude bajaba la vista.

Axel volvía entonces al ataque, impresionado por ese héroe familiar al alcance de la mano, que no se había arredrado ante las patrullas de los submarinos alemanes por la bahía de Fort-de-France, que había burlado su vigilancia en una simple piragua y, remontándose siempre hacia el norte, más fuerte que las corrientes del canal de la Dominica, siempre tempestuoso, había logrado arribar harapiento pero ileso, con sus tres compañeros, a Roseau, la humilde capital de la Dominica.

—Allí sí que tuviste que hablar inglés —continuaba admirativo Axel, que veía en su apuesto tío Jude de sienes plateadas a un nuevo Orfeo domador de olas, idiomas y voluntades. Dice Hugo que son unas gentes lindas los dominiqueses, pobres pero desprendidos, y que también hablan criollo, como nosotros en la Martinica. ¿Será cierto, tío?, porque Hugo fanfarronea mucho, pero sabe poco. ¿Viste allí a los Caribes negros de los que tanto nos habló Alba? ¿Viven de verdad en una reserva?

Jude se contentaba con inclinar afirmativamente la cabeza, confirmando que de los habitantes de la pequeña isla anglófona, inevitable plataforma hacia los Estados Unidos para todos los jóvenes martiniqueses ansiosos de combatir al lado del general De Gaulle, había recibido mil conmovedoras atenciones —ropas nuevas, chucherías caseras, amuletos— antes de dar el gran salto hacia la tierra firme.

Axel, tendido de espaldas en la cama grande del hotel, recuerda bruscamente, entre dos insoportables punzadas, haberle preguntado a quemarropa, excitado, a Jude:

— Mataste hombres en la guerra, tío?

Se extinguió para siempre la tímida charla en torno a las andanzas épicas del tío Jude.

No había grandeza en la guerra, todo era suciedad. Axel acababa de intuirlo de golpe al ver demudarse la cara de su tío. Sus labios se apretaron y una nube blanca opacó su mirada. Se retiró sigilosamente, con la cabeza agachada. Cojeaba de la pierna izquierda. Muchos años después Axel había de enterarse por su madre, tras prometerle la más total discreción, de la trágica malaventura del tío Jude. Hugo también fue informado. A Alba no se le dijo nada. Había desgracias familiares que no debían divulgarse, que sólo requerían silencio y compasión.

—Ya lo sabes, tu tío salió de joven, como un ladrón, de la casa familiar, a favor de la noche, tras quitarse los zapatos para que nuestros padres no sintieran sus pisadas por el embaldosado. Había dejado entornada la puerta de su habitación para evitar todo crujido delator. Precavido, el muchacho, ¡eh! ¡Cómo sufrieron mis padres! Fue una zozobra constante de varios años... Además de la brega cotidiana por sobrevivir —no había leche, ni carne, ni bacalao, ni sal, ni aceite, no podían conservarse normalmente los alimentos—, ¡eso, la partida del hijo, te das cuenta! ¡Todo un mazazo!

Jude se fue con su mochila al hombro, tres prendas de mala muerte, un pedazo de ñame y un bocadillo con algunas chispas de pescado frito que se robó de la cocina a último momento. Se reunió con tres compañeros, unos estudiantes de instituto como él, fugados de su casa, que tampoco pudieron aceptar lo que habían oído incrédulos en la radio los días precedentes : que Francia renunciaba a combatir, que la Francia eterna, la Madre Patria de metropolitanos y ultramarinos que les habían enseñado a amar en la escuela, aceptaba el armisticio; que doblaba el espinazo ante el nazi, acatando las órdenes de un viejo carcamal vendepatria, el Pétain ese, maldito mariscal, que allá, en París, aconsejaba callar y someterse al tudesco, para bien de la nación, y a la Martinica les había enviado a su muy devoto Almirante

Robert, otro canalla de siete suelas. Con él todo fue orden moral, izada de bandera en la escuela, cantos falsamente patrióticos, censura, miseria. ¡Y Pétain! Al poco tiempo terminaría quitándose la careta y revelando, como todos saben ahora, lo que era de verdad, lo que siempre fue: un ambicioso sediento de poder, un antisemita, un antisocial, un infame con entorchados, de la derecha más cerril.

Así que mi hermano decidió, con no pocos muchachos de su generación, entrar en disidencia. En la noche cerrada de Fort-de-France, llena de ladridos de perros errantes, caminan a pasos quedos los cuatro amigos, hasta una caleta donde los espera un pescador. Un ulular, dos ululares. Ésta es la señal de reunión. Pues sí, eso fue tu tío Jude: un disidente, y a mucha honra, aunque él nunca sacó a relucir sus hazañas, que no consideraba como tales, sino todo lo contrario. La guerra es una abominación, hijo mío.

Roxane parecía nerviosa, vacilante:

—De la Martinica Jude pasó a la Dominica, de ahí a los Estados Unidos donde les dieron flamantes uniformes, armas, una formación militar básica, y los enviaron *ipso facto* a Europa. ¡A romperle los morros a Hitler!, ya que era lo que cantaban en sus coplas en criollo. Entonces comienza lo bueno, para qué te voy a fastidiar con lo que tú ya sabes: el mordiscón del frío, la soledad, el increíble racismo de aquellos a quienes tu tío y sus compañeros de armas vienen precisamente a liberar, el estupor de esas gentes de las provincias más recónditas que por primera vez en su vida ven a negros y mulatos, y se asustan con esos salvajes antillanos de color, narices, labios y acento tan diferentes. Ya te imaginas el choque. En las ciudades es un poco distinto. También hubo simpatía, complicidades y hasta fugaces escarceos amorosos, más allá de los prejuicios de raza y de clase. Lo horroroso, claro, es la violencia de la lucha contra el nazi, las minas, el zumbido angustioso de los aviones, las bombas, bajo las cuales terminan por caer los tres compañeros de tu tío... No salir del refugio, muchachos. Pero salen, confiados, de su escondite bajo tierra a estirar las piernas, a tomar un buchito de aire fresco, desobedecen las órdenes de tu tío, que era su capitán o algo por el estilo, que era su amigo, y ocurre lo que tenía que ocurrir. Surca de nuevo el cielo una escuadrilla alemana, larga sus bombas mortíferas. Después de una terrible explosión y un silencio ominoso, tu tío Jude asoma la cabeza. Está solo de nuevo. Solo en esa tierra extranjera. Un repugnante amasijo de miembros alfombran el suelo empapado en agua y sangre. Se pone a sollozar como un niño y permanece largas horas en ese frío socavón de Picardía en que siente que está a punto de perder el juicio.

Axel tiene frío. Se desliza bajo la manta, se ovilla, no se le quita el dolor de cabeza. Flavio, Jude, América, Europa... Acuden

en tropel imágenes de destrucción y muerte, palabras incendiarias surgidas de la nada... Cochinada, canallada... Oye de nuevo la voz lejana de su madre, extrañamente tensa, pronta a echarse atrás. Oye su propia voz, insistente, exigiendo la confidencia prometida:

— ¿Qué le pasó, madre, al tío Jude?

—En Monte Cassino fue la tragedia, durante la Campaña de Italia. Algo se descompuso en él. No tuvo la culpa. La culpa es de la maldita guerra... No hay derecho... Cinco meses de lucha encarnizada en una hondonada, con efectivos reducidos, porque lo esencial para los Aliados era la preparación del desembarco en Normandía. Cinco meses de ofensivas fallidas, tropezando contra las fortificaciones, las minas, los bombardeos, el dichoso alambre de púa de los tudescos que te desgarran las carnes, contra la saña del enemigo, que desde las alturas hostigaba a los Aliados; cinco meses de sufrimiento, de sangre, de esa espantosa oscuridad que renueva hasta en los valientes los miedos más arcaicos, como pasó durante esa apocalíptica noche del once de mayo de 1944, que dejó trastornado a Jude. Por fin triunfan los franceses, es más, se cubren de gloria los soldados de las colonias: senegaleses, argelinos, marroquíes, en su mayoría, se hacen del monasterio que dominaba el pueblo de Monte Cassino. Con ellos está tu tío. Por fin queda abierto el camino de Roma. Pero Jude está deprimido, deprimido y malherido. Arrastra una pierna prácticamente seccionada por la metralla, se derrumba al borde de la carretera, ve pasar una enorme rata, cae en una zanja llena de cadáveres rancios y en medio de un insoportable olor a putrefacción pierde el sentido. Está harto de sangre, de desmanes, de atropellos de toda clase. No lo juzgues mal, Axel... Estaba a punto de desertar, sí, es verdad, ya había cumplido de sobra, la guerra es una porquería, te digo.

Amanece. Jude abre con trabajo sus ojos legañosos, le duele horriblemente la pierna, flota un olor dulzón a pus que le revuelve el estómago, piensa horrorizado en la amputación, el dolor le sube fulgurante hasta la ingle, cuando de repente siente en el costado derecho la punta fría de algo picudo, una puya, una lanza, no sabe, algo que le hace insistentes cosquillas, lo pincha, busca traspasarlo, hurga con indecencia en sus carnes. Le entra un miedo pánico. Ve vagamente a través de las pestañas apelmazadas el gesto extraviado del hombre, sus labios babeantes, sus grotescas piruetas sobre los muertos. Jude pugna por no gritar. Juntando la poca energía que le queda, sin averiguar a qué bando pertenece el sujeto, si es un aliado o un nazi, tu tío endereza su busto entumecido, se le tira encima y le aprieta, le aprieta nerviosamente el cuello enflaquecido hasta que el tipo cae inerte, encima de los demás cadáveres, levantando un fétido

olor a carroña. El olor a Monte Cassino que todavía persigue en sueños a tu tío en ocasiones. El olor amarillo de la muerte, así dice mi hermano.

Éste fue el único hombre a quien Jude recuerda haber matado en la guerra... Con sus propias manos... Se echa a vomitar. Un magrebino, fíjate, tan próximo a él, tan parecido a nosotros martiniqueses. Un soldado colonial. ¡Un héroe de ayer de Monte Cassino, un desquiciado de hoy, una víctima de la guerra! ¿Quién se acuerda en Francia de esos pobres muchachos? Algún día quizás... Es bien fea, bien injusta la guerra de la memoria... Honores y conmemoraciones para unos, olvido para otros.

Axel se revuelve nerviosamente en la cama. Concilia por fin el sueño, se tapa la cara con la sábana como en la infancia, para espantar los espíritus malignos. Flavio... Jude... Hugo... Flavio...

Su amigo está tendido de espaldas en la tierra pelada de las Malvinas, fija la mirada vidriosa en el gran cielo blanquecino.
Todo es suciedad.